

LA HISTORIA Y EL PRESENTE

Algunas consideraciones sobre el estado actual de la ciencia histórica
por el prof. JULIUS KAKARIEKA

Los progresos alcanzados en nuestra época por la ciencia de la Historia son halagadores en muchos aspectos. Con la ayuda de los nuevos métodos de investigación —incomparablemente más eficaces que los que se usaban en las generaciones anteriores—, no sólo se ha podido corregir un gran número de errores, arraigados desde antiguo en la historiografía, sino también ensanchar, de un modo espectacular, nuestro horizonte histórico. Los estudios realizados por los historiadores en los distintos terrenos de la vida y la creación humanas, como el lenguaje, el arte, el derecho, la economía, etc., abrieron una serie de perspectivas nuevas sobre el pasado, permitiendo una comprensión cada vez más cabal y más íntima de sus problemas. Muchas cosas que hoy día son familiares a todo estudiante de Historia, hace medio siglo apenas, eran completamente desconocidas o consideradas como inaccesibles a la ciencia.

Los progresos más grandes producidos en el campo del saber histórico se deben, sin duda, a las excavaciones arqueológicas y al desciframiento de los textos antiguos. Gracias a esta labor, que en muchos casos requería no sólo inspiraciones de genio, sino también un espíritu eminentemente aventurero, se ha podido resucitar de su largo olvido algunas civilizaciones espléndidas, sepultadas desde varios milenios por las arenas del desierto. Numerosos pueblos del cercano Oriente, cuya existencia apenas se conocía de nombre (por ejemplo, los sumerios, los hititas, etc.) u otros, sobre los cuales se tenía noticias escasas y poco seguras (como los cananeos, los amoritas, los cretenses, etc.), todos ellos ahora nos ofrecen un cuadro riquísimo y conmovedor de su drama histórico. A través de los hallazgos, que siguen aumentando continuamente, podemos admirar la magnificencia de sus construcciones y de sus artes decorativas, penetrar en los secretos de sus creencias religiosas, descubrir la riqueza de su poesía y de su pensamiento, revivir las victorias y las zozobras de su vida política y social. En un horizonte tan lejano como el de las ciudades sumerias (milenios IV y III a. C.), nos enfrentamos con una serie de problemas complejos y cautivantes, cuya importancia certamente nos señala Luis Pericot en su Prólogo a la reciente obra de S. N. Kramer. Se presentan allí, dice, "problemas de libertad y tiranía, de paz y de guerra, de precios y de tasas, de impuestos y de gabelas de toda clase, de un código penal y civil, de dioses contrapuestos, de gobiernos sacerdotales, etc. En la imagen de lo que fuera la vida en aquellas primeras ciudades, asombra el encontrarse con tantos rasgos modernos, que justifican la impresión de la proximidad de esos milenios tan lejanos para el profano, que todos los prehistoriadores experimentamos". ("La Historia empieza en Sumer", Aimá, Barcelona, 1958, págs. 13 s.).

Esta y muchas otras revelaciones hechas últimamente por la investigación han extendido enormemente nuestro campo visual y han permitido, a la vez, enfoques nuevos, completamente distintos, de los problemas históricos. Nuestra visión del pasado ganó en amplitud y en profundidad.

A pesar de todo esto, la Historia hace en el mundo de hoy, junto a las ciencias físicas, sólo el papel de pariente pobre. Los éxitos consignados por ella difícilmente podrán alcanzar la misma resonancia que tienen, por ejemplo, los avances de la investigación del átomo o la exploración, cada vez más audaz, de los espacios siderales. Ello se debe no tan sólo a las inmensas posibilidades prácticas —posibilidades de un progreso material deslumbrante, nunca soñado anteriormente—, que ofrecen al hombre los descubrimientos de las ciencias naturales a través de su estrecha asociación con la tecnología y otras ciencias aplicadas, sino que se debe también a la extraordinaria magnitud de los descubrimientos mismos que, en el curso de un poco más de una generación, revolucionaron por completo nuestra imagen del universo.

Tanto en lo infinitamente pequeño como en lo infinitamente grande se han explorado secretos ante los cuales el hombre experimenta un verdadero vértigo. La percepción humana de los mundos se extiende desde el átomo (que es un mundo en sí), cuyo diámetro, como se sabe, mide aproximadamente una diezmillonésima de milímetro, hasta esas galaxias cuya distancia es superior a mil millones de años luz. Los conceptos absolutos del tiempo y del espacio, de la causalidad y la legalidad, con los cuales la física clásica construía su universo, han sido ampliamente rebasados, llegándose a descubrir la eterna relatividad de la medida, la discontinuidad, la incertidumbre, la probabilidad estadística, etc. Lo que el hombre de ciencia observa a través de sus aparatos y que expresa mediante fórmulas matemáticas, muchas veces ya no es capaz de describirlo empleando las categorías de la lógica tradicional.

Estamos viviendo en un mundo en que están próximas a cumplirse las fantasías más extravagantes de las novelas de ficción científica. Este florecimiento de las ciencias, desde luego, no excluye posibilidades aterradoras: posibilidades de una destrucción completa de nuestra civilización o de una catástrofe de dimensiones planetarias. Ello fácilmente puede ocurrir un día, si los tremendos descubrimientos en que están trabajando los sabios, caen en manos de un megalómano o de un loco.

Con todo, la singular actualidad, mezclada de hechizo y de temor, que ejercen sobre nuestra época las ciencias de la Naturaleza, no es el único factor que reduce el interés por la Historia en el mundo de hoy. Existe también una serie de factores "internos" de esta disciplina, que contribuyen, en una mayor o menor medida, a disminuir su importancia y su prestigio ante un público más vasto.

Deberíamos señalar, en primer término, que el esfuerzo desplegado por la investigación histórica (esfuerzo en algunos aspectos realmente admirable) no siempre ha ido acompañado de una divulgación adecuada. Muchos trabajos valiosos publicados en las revistas especializadas, son conocidos solamente por un pequeño grupo de "iniciados". La misma suerte corre también un gran número de memorias, monografías y otro tipo de obras científicas, que, debido a las limitaciones del tema o a las dificultades del lenguaje, no logran despertar un interés más amplio. Así, frutos de un trabajo paciente y minucioso permanecen, durante años y años, prácticamente sepultados en las bibliotecas, mientras todo el mundo —en las aulas, en la prensa o en la plaza pública— sigue repitiendo ideas anticuadas, ideas de sus padres o de sus abuelos, las que, en más de una ocasión, han sido refutadas o modificadas por la investigación histórica.

Entre muchos ejemplos que se podría citar, el más característico, tal vez, es el de los estudios medievales. En este terreno, en el curso de las últimas décadas, una pléyade de hombres de talento, como Augustin Fliche, Louis Halphen, Henri Pirenne, Christopher Dawson, Fritz Kern, Otto Brunner y muchos otros, han realizado aportes de singular importancia. Sin embargo, ¿qué es lo que se oye por doquier acerca de la Edad Media? Son casi siempre los añejos juicios heredados de los enciclopedistas de la Ilustración o de los poetas románticos. Así, mientras para unos la Edad Media no es más que una época de barbarie y de opresión, del oscurantismo y de las supersticiones más groseras, para otros, en cambio, es la época de la fe y de las hazañas heroicas, de las maravillosas catedrales góticas y de la sublime lírica de los trovadores. Mientras los primeros la consideran como un milenio perdido para la civilización, los segundos, al contrario, ven realizados en ella los ideales más nobles de la humanidad. Tenemos dos imágenes diametralmente opuestas. Sin embargo, tanto la una como la otra se hallan muy lejos de la verdadera realidad medieval. Esta, tomada en su conjunto, es mucho más compleja, mucho más rica en matices, y en ningún caso, tan enteramente negra como la pintan los racionalistas, ni tan majestuosamente luminosa como la presentan los románticos.

Para que un público más numeroso se interese por los resultados de la investigación histórica, se requieren, desde luego, algunas condiciones especiales. En primer lugar, es indispensable referir estos resultados a los grandes problemas de la humanidad, sobre todo, a los problemas que repercuten de algún modo sobre nuestra situación actual; en segundo lugar, es necesario presentarlos en forma ágil y clara, es decir, inteligible para la gente de cultura media. Esta tarea se hace cada día más difícil. En la medida que avanza la investigación y aumentan sus aportes, se complica enormemente toda labor de síntesis. El historiador que quiere abordar cualquier tema de mayor envergadura, tiene que enfrentarse hoy día con una cantidad de material realmente abrumadora. He aquí, a modo de ejemplo, una valiosa obra que tenemos casualmente ante la vista: "Geschichte der Kreuzzüge" (Historia de las cruzadas) de Adolf Waas, ed. Herder, Freiburg, 1956, 2 vols.; la pura bibliografía ocupa en ella 53 páginas densamente impresas. Esto puede darnos cierta pauta acerca de la cantidad de material que se acumulará para cualquier tema de mayor amplitud que éste.

Es cada vez más frecuente ver a los historiadores encerrarse en un campo limitado, más o menos estrecho, dedicándose únicamente a lo que llama cada uno su "especialidad". Si bien es verdad que en algunos casos ello se debe a la falta de talento o al temor a un sacrificio más prolongado, en muchos otros casos, sin embargo, es simplemente una manifestación de la honradez intelectual del historiador. Pero, paradójicamente, allí donde el verdadero historiador vacila, donde se detiene ante los escrúpulos de su conciencia, aparece, por lo general, una legión de aficionados quienes, con conocimiento a veces muy rudimentarios, se atreven a abordar cualquier tema histórico desde la antigüedad más lejana hasta nuestros días. Lo que les preocupa mayormente no es tanto la indagación de la verdad histórica, como la búsqueda de efectos estéticos, el afán de deleitar a los lectores, excitar sus sentidos y su fantasía. Así se ha formado un nuevo género literario: la historia novelada.

Por supuesto, no todas las obras de este tipo poseen el mismo valor; las hay mejores y peores. Sin embargo,

todas ellas presentan algunas características comunes: por un lado, una marcada ausencia de todo pensamiento original, de toda reflexión más honda; por el otro lado, una extraordinaria exuberancia de los "colores locales", de lo anecdótico y lo pintoresco. A esto se suman, casi siempre, extensos análisis psicológicos. A base de algunos datos, por lo general, escasos o históricamente no comprobados, se intentan consideraciones de grandes alcances, se evocan los caracteres, se reproducen sus estados mentales y emocionales hasta en los pormenores más increíbles. Todo ello contrasta notoriamente con la modestia y la austera seriedad de la genuina Historia. Lo que se debe lamentar, ante todo, es que los lectores que se acostumbran a las "delicias" de las historias noveladas, echen a perder su gusto de tal manera, que después les resulte difícil o imposible leer otro género de historias, por muy buenas y clásicas que sean; se sienten incluso defraudados, al no encontrar en éstas las mismas "curiosidades" que les ofrecen aquéllas.

Otra clase de divulgación, pero de efectos incomparablemente más nefastos para el prestigio de la Historia, es la que se hace con fines de propaganda política. Desgraciadamente, en esta labor participan no solamente los aficionados, sino también muchos historiadores profesionales. Hay entre ellos quienes lo hacen voluntariamente, arrastrados más de la cuenta por el espíritu de partido o por la pasión nacional. Ellos, en opinión de Julien Benda, "no son historiadores: son políticos que se valen de la historia para robustecer una causa cuyo triunfo anhelan" ("La traición de los intelectuales", Edit. Ercilla, Stgo. de Chile, 1951, pág. 73). Pero hay también otros que tienen la mala suerte de vivir bajo los regímenes despóticos o totalitarios. A esos no les queda otra cosa que cumplir sumisa y calladamente todo lo que sus amos les ordenan, aun cuando ello signifique un doloroso sacrificio de sus convicciones más íntimas.

Cuando la Historia se pone, en forma incondicional, al servicio de alguien, ya no se puede esperar que la verdad sea su criterio supremo. La verdad queda derribada de su excelso trono y ocupa su lugar una maraña de intereses, recacores y odios. Y como éstos están sujetos a toda clase de cambios, debido a las vicisitudes de la situación política, en la misma medida tiene que cambiar también la interpretación de la historia, para ponerse a tono con la "línea general". Así, en el curso de una sola generación, vemos sucederse las versiones más contradictorias acerca de los mismos sucesos o personajes históricos; vemos alabanzas trocarse en vituperios, la veneración, en oprobio, y viceversa. Los que hoy ocupan el sitial de héroes, no tienen ninguna garantía de que mañana no se les hunda en el lodo, junto a los asesinos y traidores.

En este tipo de divulgación que en algunos casos no difiere del libelo, no siempre es necesario recurrir a la falsificación de los hechos mismos; basta con "seleccionarlos" según cierto criterio o presentarlos pintados con colores que no les corresponden. A veces, es suficiente poner algún énfasis sobre unos aspectos y dejar en la sombra o silenciar un poco otros, y se consiguen fácilmente los efectos que se buscan.

Es muy instructiva al respecto una nota que, en 1808, envió Napoleón a su ministro de policía, ordenándole que vigilara a los historiadores encargados de escribir la Historia de Francia. He aquí algunas normas que establecía el Emperador para el trabajo de los historiadores franceses:

"Se debe ser justo con Enrique IV, Luis XIII, Luis XIV y Luis XV, pero sin caer en la adulación. Se deben pintar las masacres de septiembre y los horrores de la Revolución con el mismo pincel usado para la iniquidad y las masacres de los Dieciseis. Hay que tener cuidado de evitar toda reacción al hablar de la Revolución, y ningún hombre debe oponerse a ella. La culpa no recae sobre los que perecieron ni sobre los que sobrevivieron. No había fuerza individual capaz de cambiar los elementos y de impedir los sucesos que nacieron de la naturaleza de las cosas y de las circunstancias.

"Hay que subrayar el perpetuo desorden de las finanzas, el caos de las asambleas provinciales, las pretensiones de los Parlamentos, los defectos de la ley y procedimientos en la administración, que eran más bien una reunión de veinte reinos que un solo Estado, de manera que se respire al llegar a la época en que se goza de los beneficios de la unidad de leyes, de administración y de territorio" (en Julien Benda, op. cit., págs. 206 s. Nota H).

Hasta qué extremos más peligrosos se puede llegar con este método, lo hemos visto claramente en nuestros días.

Tenemos que reconocer, por supuesto, que en el terreno de la Historia nunca se alcanza el mismo grado de objetividad que puede darse, por ejemplo, en las ciencias físicas. Aunque éstas tampoco ofrecen una objetividad absoluta —como lo han demostrado, en forma muy elocuente, los investigadores de nuestra época— disponen, no obstante, de patrones de medida creados sobre una base universal, como son las matemáticas. En la Historia, en cambio, no existe una base de esta índole, lo que agranda, ostensiblemente, el margen de influencias subjetivas. Tanto las cualidades personales del investigador, como los factores de su medio social o cultural pueden manifestarse aquí con una mayor amplitud.

Sin embargo, a pesar de estas limitaciones, también en Historia puede lograrse cierta aproximación, mayor o menor, al objeto que se estudia. Ello depende, en gran medida, de la cantidad y la calidad de las fuentes disponibles, como también de la perfección de las técnicas de investigación que se emplean (de ahí la enorme importancia que tiene hoy día el entrenamiento de los historiadores en este terreno). Con todo, lo que tiene un valor decisivo aquí es la postura moral del historiador. Su deber de atenerse a la verdad con el mayor rigor posible. La verdad está por encima de todo, aunque ello signifique molestias y contratiempos. El viejo Heródoto ya lo sabía perfectamente (hace veinticuatro siglos), cuando declaraba en sus "Historias": "Véome aquí obligado a decir lo que siento, pues aunque bien veo que en ello he de ofender o disgustar a muchísima gente, con todo, el amor a la verdad no me da lugar a que la calle o disimule." (L. VII, cap. 139). Polibio es aún más explícito en este sentido. He aquí un célebre pasaje de su "Historia Universal": "En cuanto un hombre asume la actitud moral de un historiador, tiene que olvidar todas las consideraciones (tales como las simpatías o antipatías personales). En ocasiones deberá elogiar a los enemigos, incluso colmarlos de encomios, cuando sus actos lo merecen, e igualmente censurar y vituperar a los amigos cuando su conducta es errada. Porque así como una criatura viva queda totalmente inútil si se la priva de los ojos, así si a la Historia se le quita la verdad, ¿qué le queda sino un cuento ocioso y sin provecho?" (L. I, cap. 14).

Se trata aquí sin duda, de un axioma que, por lo demás, ha sido repetido ya mil veces en el curso de la historia. No obstante, en nuestro siglo XX, tan orgulloso de sus adelantos científicos, es necesario volver a repetirlo. Su actualidad no se ha perdido y, según parece, no se perderá nunca. El historiador tendrá que hacer frente, continuamente, no sólo a sus propias pasiones o prejuicios, sino también a la presión del medio social. Esta presión podrá ser ora mayor, ora menor; pero ella se sentirá siempre o, por lo menos, mientras haya en este mundo ambiciones de los tiranos, intereses de los partidos o el fanatismo de las masas. La defensa de la verdad siempre ha sido y será una tarea difícil, tarea que requiere esfuerzo, lucidez y valentía. Finalmente, cabe señalar que sólo este tipo de Historia que hemos descrito —es decir, el tipo que responde a las exigencias técnicas y éticas que le impone nuestra tradición científica— puede cumplir alguna finalidad útil para la humanidad.

La Historia se dirige al pasado, pero movida siempre por las inquietudes y necesidades que surgen en el presente. En el estudio e interpretación de los acontecimientos pretéritos, por muy distantes que estén en el tiempo, buscamos consciente o inconscientemente respuestas a las preguntas que nos atormentan ahora. Aunque la Historia, como toda obra humana, lleva siempre un sello de imperfección y, por ello, sus resultados nunca nos satisfacen por completo, ella puede, sin embargo, orientarnos en muchos problemas de la vida actual; puede iluminar nuestra mente allí donde todo se conjura para confundirla.

En nuestro mundo del átomo y de los viajes interplanetarios, la Historia al igual que las otras ciencias humanísticas, tiene una gran misión por delante: la de restituir, en él, los valores espirituales y morales de nuestra civilización, los que, en medio del vértigo y de la confusión de la hora presente, parecen haber caído en olvido; restituir, ante todo, el respeto al hombre, respeto a su dolor y su felicidad, en contra de tanta indiferencia y tantas simplificaciones abstractas y abusivas que lo amenazan.

ISOTOPOS RADIATIVOS APLICADOS A LA CONSTRUCCION

por ARNOST HENIC

(Trad. de "Nauka i Shisn" de Moscú, por el prof. G.MO. ULRIKSEN)

Los métodos de ensayo de materiales de construcción y de control de estructuras actualmente en uso son lentos, inexactos e involucren, en la mayoría de los casos, la destrucción de la muestra. De ahí la importancia del uso de isótopos radiactivos en esta rama de la

ciencia. En Checoslovaquia, su uso se inició en la búsqueda de fallas en obras de hormigón; pero ahora su uso se ha generalizado en los ensayos de materiales y examen de toda clase de estructuras.

Se utilizan en el estudio de la configuración